Leandro Ávalos Blacha

MEDIANERA

Para mis papás, Lucio y Mari.
Gracias a Hernán Arias, Natu Poblet y Nicanor Loreti,
por el apoyo y la amistad.

1

Fany y Victoria acomodaron a la vieja en el medio del patio, en su mecedora. La nena abrió apurada el maletín de la vecina, escarbó entre las pinturas de labios, esmaltes, polvos de colores, sombras, y comenzó a trazar figuras con un delineador sobre la frente de Haydé. La mujer miraba hipnotizada el horizonte como si disfrutara del programa de cámaras ocultas de Phonemark.

Victoria se aburría enseguida de los productos. Los reemplazaba uno por otro. La cara de Haydé iba adquiriendo los tonos azulados de la pececita Bixby. "¡En este mar no se admiten presos!", decía con la voz del personaje. Fany acercó una bolsa con distintos modelos de pelucas. No recordaba en qué programas las usaron. Les sacaba el polvo y se las probaba a Haydé. Victoria gritó "¡Esa!", al ver una de rulos, de un colorado intenso. "Es igual". Le sacaba fotos a Haydé y se las mostraba a Fany, que eligió su favorita. Controlaba con frecuencia su reloj. Pasados unos treinta minutos le avisó a Victoria que Haydé iba a despertar y le limpiaron el cutis.

Haydé parpadeó. Se frotaba los ojos y estiraba los brazos como al salir de la cama. Su hija conversaba con la nena de Lidia. Le pellizcó el cachete. Le gustaba que viniera a

visitarlas. Victoria le pidió un vaso de gaseosa, si había. Haydé dijo que no, porque la veía gordita. Se levantó lento. "¿Y usted qué mira, asqueroso?", le preguntó al preso al descubrirlo asomado en su celda.

* * *

Ángel se sirvió agua y se sentó en el rincón. Odiaba que Fany perdiera las siestas de Haydé cuidando a la vecinita. Era gritona, maleducada, y siempre se las ingeniaba para insultarlo. Además la falta de sueño lo ponía de mal humor. La nena le hacía burla pegada a los barrotes. Si estuviera sola, la habría asustado. Al principio solo venía los domingos, con su abuela, una de las amigas de Haydé. Pasaban la tarde jugando a las cartas. Ahora Fany la cuidaba entre semana. Esos días apenas podía prestarle atención a Ángel. Se limitaba a acercarle un plato de comida ordinario, sin dirigirle la palabra, y regresaba al juego. Ángel notaba en su mirada cuán forzada se veía a actuar con parquedad. Desde las ventanas del interior las otras mujeres la espiaban con ojos de celadoras, ansiosas por detectar un mínimo rastro de cercanía entre ellos. No dejaban pasar una oportunidad sin comentarse, en tono jocoso y alto, "las cosas que deben hacer estas dos solas con ese hombre en la casa...", para estudiar, entre risas, qué reacción provocaban en Fany. Era como si supieran lo que ocurría con Ángel cuando dormían a Haydé. Fany no pensaba admitirlo. Temía que fuera una violación al reglamento de las prisiones vecinales.

* * *

Desde el momento en que los oficiales lo condujeron a su nueva celda y conoció a sus guardias, Ángel notó lo que producía en Fany. La mujer lo miró con intensidad, sin desviar la mirada del preso, escondida tras el cuerpo de su madre. "Bienvenido, joven", lo recibió Haydé. Aquella mañana, su humor se hallaba en estado óptimo. Ya por la tarde, Ángel la conoció hiriente y despectiva. "¡Quién metió a ese delincuente en casa!", gritaba en la cocina, mientras su hija intentaba calmarla: "Mamá, fue idea tuya...". Horas más tarde, Fany le acercó la cena y se disculpó por los comentarios de la mujer. "Está enferma, se olvida de las cosas y se pone agresiva. Antes no era así...". Haydé le ordenó desde el interior de la casa, con un grito, que dejara de hablar con el preso y que entrara. "En general es buena", dijo la mujer como despedida antes de retirarse.

Ángel no necesitó esforzarse para seducirla. Pero disfrutó la provocación. Se bañaba cerca de los barrotes, con la esponja y el balde de agua que le ofrecían a diario, para que Fany lo viera a medio vestir. Ella lo espiaba por la ventana de la cocina, no del todo consciente de que su silueta se traslucía por la cortina. Ángel sospechaba que no sería fácil conquistarla, pero mantuvo su estrategia. No era la primera guardia a la que seducía. Las iniciativas apresuradas terminaban mal. Si asustaba a las mujeres, no había retorno. Era natural que lo recibieran cautas, frías, distantes. ¿Quién sabía las cosas que dirían de él en el expediente? Ángel tenía tiempo para demostrar que los delitos del documento eran falsos. Sus buenas

formas al hablar inspiraban confianza, y siempre hacía sentir al otro escuchado, una vez que lo conocían mejor.

Las cosas con Fany no hubiesen prosperado de no haber sido por Haydé. La vieja le preguntó qué miraba con tanto interés, mientras Ángel se bañaba en el patio. El preso celebró su victoria por dentro, pero siguió en lo suyo, como si no hubiese escuchado la pregunta. Durante el día Fany actuó con torpeza. Le llevó el almuerzo sin hablar, evitando mirarlo a la cara. Prácticamente, tiró la bandeja en la celda y se alejó con rapidez. No volvió hasta la hora de la cena. Ángel la vio avanzar inquieta, el plato le temblaba en las manos. La recibió acostado y sin camisa. Fany intentaba pasarle la comida. Bastó que la saludara para que ella se sobresaltara y volcara la cena. "¡Estúpida! ¡No podés hacer nada bien!", repetía nerviosa. "¡Siempre una estúpida!". Ángel vio el momento de actuar. "No es nada", le dijo, "soy igual, se me cae todo". Pasó los brazos entre los barrotes para ayudarla a levantar los cubiertos y aprovechó a acariciarle las manos. Fany se puso tensa. Ángel sintió que de a poco sus manos se ablandaban, y lo agarraron de la nuca para besarlo. Fue un movimiento torpe, en el que lo arañó con las uñas. "¿Qué es tanto ruido?", se oyó desde la casa. Fany le pidió a Ángel que la esperara unos minutos. Corrió al interior y cerró la puerta. La casa fue apagándose hasta quedar a oscuras y en silencio. Por fin, Fany reapareció con la llave de la celda en la mano. También ella se había aplacado. Permaneció un largo tiempo parada hasta decidirse a entrar.

* * *

Desde entonces, aprovecharon cada momento de convalecencia de Haydé para estar juntos. Sus siestas, sus lagunas mentales, los sueños a los que la inducían con pastillas o las internaciones. Ángel se acostumbró a los tratos preferenciales de su carcelera. Una mañana, Fany no respondió a su saludo habitual. Le dejó un tazón de un caldo frío como desayuno. "Vino a visitarte una mujer", anunció cortante y se fue. Ángel vio aparecer a Ana María en el patio. A los familiares no se los informaba sobre los traslados de sus parientes encarcelados, pero su esposa siempre se las ingeniaba para encontrarlo. Llevaba un pañuelo rojo con lunares verdes cubriéndole la calva, y un vestido negro. "¡Angelito!", gritó corriendo hacia él, y se aferró a los barrotes que los separaban. Le ordenó a Fany que los dejara a solas. Fany intentó ocultar sus sentimientos. Buscaba en Ángel, que le dijera que todo era un error y que debían echar a la intrusa. Pero Ángel permaneció callado. En cambio, le rogó que les concediera unos minutos en privado con su mujer. "Cinco minutos", sentenció Fany antes de abandonar el patio controlando su reloj.

"Te voy a sacar de acá, te lo prometo", decía Ana María entre lágrimas. Ángel la dejó que hablara. Sus palabras parecían robadas de alguna de las novelas de Phonemark: *Pabellones de pasión* o *Amor fugitivo.* Como pareja, Ana María no había sido muy demostrativa de su afecto hasta que Ángel fue detenido. Él no tenía intenciones de salir. Le pidió que se olvidara de él y que no lo visitara más. Ella negaba rotunda. "Te voy a sacar. Conseguí un buen abogado. El juez nos va a escuchar". Ángel no quería ni pensarlo. Ana María era obstinada. Si se lo proponía quizás realmente lo lograra.

Pasados los cinco minutos, Fany golpeó la ventana y avisó: "¡Tiempo cumplido!". Ana María la miró furiosa. "No me voy nada". Agarró a Ángel con fuerza y le aseguró que conocía sus derechos. "Esta no me va a mandonear. Las tengo vigiladas. Vos, tranquilo. Vas a salir de este infierno". Fany mostró el celular, como si estuviera por activar la alarma de Phonemark. "Mejor que te vayas, no quiero problemas". Ana María le guiñó un ojo y lo despidió. Ángel la vio cruzar el patio a paso ligero. Pero en vez de caminar hacia la salida, subió por la escalera a la terraza. Ángel comenzó a llamarla. Fany salió asustada por los gritos. "¿Dónde está?", preguntó al ver el patio vacío. Ángel señaló arriba. Fany se dirigió a la cocina y regresó con su cuchillo más grande en la mano. "Por favor, tené cuidado. Te juro que Ana María no significa nada para mí". Ángel estaba siendo honesto. No pensaba en ella ni en sus hijos ni en nadie de su familia. Aguzó el oído. Pasaban los minutos y Fany no regresaba. Sintió unos pasos, pero no venían de la terraza. Haydé se asomó por la puerta, en camisón y sandalias. "¡Hija!". Ángel había adoptado algunas actitudes de Fany, como enojarse al ver a la vieja caminar sin su bastón. "El bastón, doña Haydé. Se va a caer". La mujer se tambaleó en los primeros pasos. No perdió el equilibrio. Lo miró a Ángel con bronca. "Cállese, que un delincuente no me va a dar consejos". Lo que más quería Ángel era sacarse de encima a la vieja. Pero si se lastimaba, Fany tendría que dedicarse a atenderla y le recriminaría no haberle avisado. Decidió llamarla. "¡Fany, tu mamá anda sin bastón!". Haydé lo insultó y lo señaló de lejos. "A ustedes habría que matarlos de hambre". Cuando Fany bajó agitada, Ángel se alegró

de verla bien, entera y sin rasguños. Fue directo a retar a Haydé. "¿No entendés que te podés caer...? ¿Qué pasa si te rompés la columna?". Haydé le restaba importancia, mientras caminaban hacia la casa.

Los gritos de Fany se oyeron un rato largo. Cuando reapareció en el patio, Ángel la notó más serena. Le acercó a Ángel una bandeja con un sándwich y un vaso de jugo frío. Estaba aguado, sin gusto, pero lo tomó de un trago. "No entiendo por dónde se fue...", dijo Fany señalando la escalera. "Revisé todo, moví las cajas... Se tiene que haber ido por los techos. Voy a avisarles a los vecinos". Ángel escuchó en silencio. Miró las sombras que venían de la terraza. Una lamparita débil en la escalera iluminaba apenas el centro de los primeros escalones. Fany miró su reloj. Era hora de la medicación de Haydé. "No peleemos más". Le dio un beso y corrió a la casa.

Ángel se sentó en la cama con la espalda apoyada en la pared, los ojos fijos en la escalera, y prometió no dormirse hasta que amaneciera. Apenas habían pasado unos minutos cuando comenzó a bostezar. Se sentía cansado. Pensó en llamar a Fany y pedirle un termo con café. Los últimos días no habían sido fáciles para ella. Mejor dejarla tranquila. Ángel se recostó y apoyó la cabeza en la almohada unos segundos para reposar la vista. Lo despertó el sol en la cara. La celda tenía la peor orientación de todas en las que había vivido. Por la terraza y la escalera se oían las sandalias de Fany, caminando de un lado al otro. Bajó cargada de una palangana con ropa y la tiró frente a Ángel. Le mostró remeras, pantalones, bombachas. Estaba toda sucia. Fany se acercó una media a la nariz e hizo un gesto de asco. "La encontré desparramada".

Parecía esperar una explicación. "Anoche sopló fuerte el viento". Fany negó. No eran manchas de polvo y tierra. Puso la ropa a lavar una vez más. Ángel la agarró de la cintura y la acercó a los barrotes. "¿Tu mamá está dormida?". Fany sintió ganas de dormir a Haydé unas horas. Acarició el frasco de pastillas en el bolsillo. Había prometido que le daría a Ángel la oportunidad de hacer las cosas bien. Podía vivir con el secreto de su amorío con un presidiario, pero no si se trataba de un hombre casado. "Pedile que le ponga fin, como sea", le decía su voz interior. "¿Fany?". "No, no está dormida. Hoy tiene médico. Y lo nuestro se termina mientras esa mujer siga en el medio". Ángel repitió que Ana María era cosa del pasado. No tenía lugar en su vida. "El expediente dice otra cosa. Tendría que haberlo leído bien de entrada".

Con el correr de los días, Fany siguió encontrando la ropa por el piso de la terraza, manchada, con agujeros, quemaduras y tajos. Ángel ya no culpaba a las tormentas cuando se las enseñaba, ni buscaba nuevas excusas. Pero no importaba cuánto Fany revisara la terraza, nunca veía a Ana María.

* * *

Ángel asoció el sonido del disparo con algún matapresos. Por instinto saltó de la cama y se cubrió en el rincón tras la silla. Pero él no era el blanco. Un segundo tiro provocó un estallido de vidrios en la casa. Ángel se acercó a los barrotes. Habían volado la ventana de la cocina. Fany abrió la puerta en cuclillas, con un repasador envuelto en el brazo, manchado de sangre. Intentó asomarse a mirar la terraza, pero un

segundo disparo cerca de su pie la hizo retroceder. Ángel oyó a los minutos que cerraban la puerta principal con fuerza. Fany regresó de noche, con el brazo vendado y en compañía de dos oficiales de Phonemark. Los hombres registraron el patio, el estado de la celda, al preso y la terraza. Le aseguraron que no había ningún intruso escondido. "¿Desconfía de alguien? ¿Tiene enemigos?". Fany no pensaba mencionar a Ana María. "Somos dos mujeres solas, oficial, ¿de qué enemigos me habla?". Los hombres le dieron a entender que no podían hacer mucho más. Le señalaron algunos rincones del patio y le sugirieron que instalara cámaras en esos puntos, para estar más tranquila. Algunos planes de seguridad premium de Phonemark se las cubrían.

* * *

La mañana siguiente al ataque Fany se asomó unos segundos a examinar el patio. No se oían ruidos extraños ni cosas fuera de lugar. "¿Viste algo?", le preguntó a Ángel que la saludaba desde la celda. El preso negó. Fany dio un paso y saltó hacia atrás, a refugiarse en la casa. Esperó. No había ocurrido nada. Repitió el movimiento dos veces. En el tercero se animó a seguir, con la bandeja del desayuno en las manos. Avanzó lento, mirando en todas las direcciones. Llegaba a la mitad del patio, algo más aliviada, cuando el disparo impactó a centímetros de su pie. A este lo siguieron otros, pisándole los talones, mientras Fany revoleaba la bandeja y corría a su casa. Ese día no se volvió a asomar. Tampoco los siguientes. El tiempo para Ángel no corría. Llamó varias veces a Ana María para hacerla

entrar en razón. Desde la terraza nadie respondía. En la casa tampoco. Ángel llegó a pensar que Fany se fue con Haydé. Cada tanto oía la televisión. Empezó a sentir hambre. También se le terminaba el bidón de agua. Tenía que hacerla rendir. Fany finalmente se asomó a la puerta e hizo rodar una naranja en dirección a la celda. En cuanto Ángel pasó la mano por los barrotes, la naranja explotó con un disparo. También lo probaron de noche. Los restos de las frutas atrajeron más moscas. Ángel se sentía sucio y los nervios lo hacían transpirar aún más.

* * *

En alguna ocasión, Fany aprovechó las reuniones dominicales de Haydé para preguntarles a las vecinas si no habían visto movimientos extraños en sus terrazas. La miraron alarmadas. "¿Chorros?". "Eso, o matapresos. Se oyen tiros". Las mujeres dijeron que no escuchaban nada. Enseguida llevaban el tema de conversación a Ángel y se reían. "Le preocupa que le toquen al muchacho. ¿Sigue buen mozo?". Fany veía cómo se consumía Ángel. Dudaba de cuánto tiempo más podía aguantar. Los músculos habían desaparecido y se le marcaban los huesos. Ángel no tenía la energía para cumplir con su rutina diaria de flexiones y abdominales. En su segunda inspección, los guardias de Phonemark notaron las marcas de los disparos. "Matapresos", sentenció uno. "Pero sigue sin cámaras", observó el compañero y le mostró su planilla. El domicilio contaba con el plan de seguridad más económico. Mucho no podían pedir. "Somos dos mujeres solas", insistió Fany. "Con más razón. Actualice el plan". Después revisaron la celda, a Ángel, y

le hicieron un largo interrogatorio a Fany. "Ese hombre no está bien", le explicaron. "Quizás necesita un traslado y que la señora descanse". Fany se negó. Lo que necesitaba era la plata. Aprovechó la presencia de los hombres para llevarle provisiones a Ángel y los despachó. Todo lo que querían oír era que actualizaría su plan de seguridad, y que cargaría la gestión a sus nombres, para la comisión. "Estamos para servirla".

* * *

Esa misma noche, los disparos se reanudaron. Fany no avisó a los guardias. Tampoco actualizó el plan. Quizás la propia gente de Phonemark generaba estos disturbios para recaudar. En el barrio, todos contrataban el mínimo. Fany sí se aprovisionó de varios anotadores, en los que escribía mensajes para Ángel. Eran frases cargadas de amor y aliento. Le pedía que resistiera, estaba trabajando en un plan. En la desesperación había intentado hacerle llegar el celular de Haydé, aunque estuviera prohibido. A mitad de camino lo destrozó un disparo. Ángel se veía vencido. A veces ni siquiera se asomaba a saludarla. Fany esperó ansiosa la siguiente reunión de Haydé con sus amigas.

* * *

El domingo, Ángel se sintió en un sueño. Tirado en su banqueta notó que se abría la reja de la casa. Fany acomodó un banquito para sostener la puerta mosquitero. Apenas se proyectó su sombra en las baldosas, se realizó el primer disparo.

Fany regresó a la casa, esta vez no para esconderse. Regresó a los minutos, empujando una silla, con una mujer en ella. No era Haydé, pero se le parecía. Se veía de su misma edad. Estaba atada al respaldo a la altura del torso. Fany la acomodó cerca de la puerta y repitió el movimiento, con una nueva silla. La vieja se sacudía más que la anterior. Sobre todo cuando la hirió un disparo en la pierna. Fany acercó una tercera silla y los tiros se acrecentaron.

Ángel se lanzó al frente de la celda con el ánimo renovado. Fany acortaba la distancia entre ellos con cada nueva silla. Parecía la competencia de un programa de desafíos. Las viejas formaban un coro con sus alaridos. Tenían los brazos y las piernas ensangrentados. Fany ubicó a una cuarta. Ángel calculó el tramo que faltaba para tener un camino seguro. Quizás con una o dos más pudieran arriesgarse. Después se preocuparía por cómo seguiría el vínculo con Fany y por las sanciones de Phonemark. Fany le mostró de lejos la llave de la celda. Apareció con Haydé. La mujer tenía el rostro caído hacia un costado. Parecía dormida, pero la llamaba a Fany, y le preguntaba cuándo llegaban al sanatorio. Un disparo en el pie la despertó a los gritos. Fany giró un poco la silla, para quedar más protegida. Estirándose, logró tomar las manos de Ángel entre los barrotes. "¡Seguridad! ¡Seguridad!", gritaba Haydé y repetía los nombres de sus vecinas.

Fany abrió la puerta de la celda y ayudó a Ángel a salir. Él había imaginado el momento diferente. Llevando en brazos a Fany tal vez, pero no tenía fuerzas para el papel de héroe. Acostumbrado a vivir en una celda durante años, el hogar le pareció inmenso. Innecesariamente grande. Se sentía minúsculo

y fuera de lugar. Fany lo condujo hasta el living, donde estaba servida la merienda interrumpida de las vecinas.

Había varios pastilleros vacíos sobre la mesa. Desde el exterior aún llegaban gritos de algunas de las viejas. Haydé no dejaba de llamar a su hija. Fany pateó el banquito que sostenía el mosquitero. Cerró la puerta. Puso llave y aseguró las trabas. La charla con Ángel no fluía como imaginaban. Se sonreían en silencio. A Fany le pareció natural. Estaba nerviosa; y él, algo abrumado. Se sentirían más cómodos después de comer. Le contó el resúmen de *Sentenciado a amarte*. El logo de Phonemark giraba en la pantalla, mientras se cargaba un nuevo capítulo de la novela. Ella se fue a la cocina. Esperaba sorprenderlo con su plato favorito.

2

"¡Cómo le gustan los animales a Magda!", se oía con frecuencia. Los vecinos la veían salir sonriente con las correas de sus cuatro perros para pasearlos, mientras cumplía con sus compromisos cotidianos. "Buen díiiiia", saludaba vivaz a quienes se cruzaba. Nunca salía sin sus mascotas. Nunca se la veía de mal humor.

Cada semana, Magda recibía un pedido semanal de alimento balanceado en el domicilio. Un pedido grande, como para un batallón. Los repartidores se cansaban de descargar las bolsas, Era una de las clientas favoritas. Al final siempre los esperaba una buena propina.

* * *

Para la Justicia su marido estaba muerto. Magda cobraba la pensión de viuda y tenía preferencia para alojar presidiarios. Últimamente había recibido dos hermanos con una condena de diez años por un caso de secuestro. Apenas eran veinteañeros. Magda los atendía con mucha dedicación. También su esposo.

Elmer no salía del sótano y buena parte del día se dedicaba a entrenar a los presos. Tenían las celdas acondicionadas

con colchonetas, pesas y mancuernas. Los obligaban a ejercitarse. "Es por su bien", los aconsejaba el hombre, que entrenaba a la par de ellos.

* * *

En el sótano, junto con la cama en la que dormía Elmer, Magda había armado otras jaulitas. Allí dormían perros que los vecinos jamás habían visto, de distintas razas. Ladraban la mayor parte del día, mostraban sus dientes afilados, desesperados por hundirlos en cualquier cosa que se les acercara. Para bajar, Magda se vestía con un uniforme protector que la cubría de pies a cabeza. Era lo suficientemente duro y resistente como para frenar cualquier mordida. También se ponía un casco. Elmer le alcanzaba un palo y entreabría la puerta de las jaulas para dejarla pasar. Los animales la esperaban apenas la olían para enfrentarla. Magda se arrojaba con ferocidad sobre ellos. Se le prendían de las piernas y los brazos. Ella giraba hasta que los perros se soltaban y salían disparados contra los alambres. Se sacudían, se ponían de pie y repetían el ataque hasta quedar exhaustos. Elmer aplaudía excitado, golpeaba su bolsa de boxeo y alentaba a la mujer. Bajo el casco, Magda también les tiraba mordiscones. Estaba orgullosa de sus dientes blancos, afilados, desproporcionadamente grandes. Sus vecinitas se burlaban y la llamaron "dientuda" durante años en los que Magda vivió sin sonreír ni abrir casi la boca. Un día se cansó y a la primera nena que se acercó a molestarla le saltó por la espalda y le mordió la oreja con todas sus fuerzas. Cuando lograron separarlas, Magda tenía la